

Lo familiar

"Que van 56 días", escucho decir a mi mamá que está en la sala. Me asomo desde la cocina; ella voltea hacia mí y sigue: "Ya llevamos 56 días en cuarentena". La veo tranquila, con el celular en la mano, arrojando el dato como si alguien le hubiera preguntado la hora y ella respondiera por cortesía pero sin interés. A mí me molesta el tono despreocupado que utiliza, pero, siendo sincera, hubiera sido difícil que dijera algo que no me molestara. No es su culpa, pero cada vez me encuentro más irritable. Como hace unos días que tuve esa ridícula pelea con mi hermano. El asunto fue insignificante, un tema de labores domésticas, pero nunca antes habíamos peleado así. Fue como si dos perros que han estado encadenados con el mero propósito de volverlos más agresivos, de pronto fueran liberados y se encontraran por casualidad, sin nada que deberse el uno al otro, pero bien dispuestos a matarse entre sí. Yo me volteo de nuevo hacia la cocina porque no quiero que ella note mi ceño fruncido, sin embargo el propio gesto de escapar es en sí grosero.

Me gustaría evitar estos roces familiares. El problema es el encierro, pensé. Es una situación contingente, ya pasará. Lo normal sería salir a la calle, lo normal es no estar tanto tiempo con las mismas personas... Tal vez lo que me gustaría en realidad es no convivir tanto con ellos. Hace mucho que no lo hacía.

Vuelvo a pensar en la pelea con mi hermano y me doy cuenta que lo que más me preocupa de ese momento es que no lo reconocí. Era alguien a quien no conocía, o más bien, la persona a la que creía conocer, se reveló ante mí como la distancia que, a través del tiempo, se creó entre él y yo; entre mi familia y yo. Lo conocí, cambió y no lo re- conocí. Y es que es muy fácil acostumbrarse al horario, transporte, clases, tarea, entretenimiento... en fin; nos acostumbramos a la rutina y hasta nos gusta decirnos que esos ritmos se nos imponen, pero si ya no se imponen queremos volver a ellos. Porque a fin de cuentas es terreno conocido. Porque fuera de ellos nos sentimos perdidos.

Hoy no me reconozco ni a mi familia ni a mi entorno. Pero reconocer es una acción, no es algo que ocurra desde afuera. Habrá que reencontrarnos y de seguro que no será en el mismo lugar. Se abre así la necesidad, pero también la oportunidad de imaginar y reinventarnos a nosotros mismos, nuestras relaciones y espacios. Pienso en esto y vuelvo hacia la sala a hacer que la acción ocurra.

Mariana Martínez N.

Testimonio

Estudiante

Psicología